



Nicolás Vidal
El justiciero. Carlos Vicuña Fuentes en la pequeña historia de Chile
Santiago de Chile
Ediciones Universidad Diego Portales
2025
250 páginas

PALABRAS CLAVE: LITERATURA CHILENA CONTEMPORÁNEA — HISTORIA Y POLÍTICA — REVOLUCIÓN
KEYWORDS: CONTEMPORARY CHILEAN LITERATURE — HISTORY AND POLITICS — REVOLUTION

Vivió en Mar del Plata y enseñó latín: sobre *El justiciero*

Flavia Garione¹

Siempre me pregunté qué se debe sentir al escribir la biografía de alguien, inmiscuirse en la vida de otro hasta que esa persona deja de ser ajena y, de familiar, se transforma en trastorno y obsesión, al punto de que la vida propia también aparece en la vida de ese otro, algo se disocia para siempre entre lecturas de textos que esa persona escribió y las entrevistas a todos aquellos que la conocieron. Seguir las pistas de una vida hasta el hartazgo. Una resolución que, en *Sobre Sánchez* (2012), el libro de Osvaldo Baigorria sobre el escritor Néstor Sánchez, alcanza una especie de simbiosis, o un punto más novelesco en la biografía que Ricardo Strafacce hace de Osvaldo Lamborghini en *Osvaldo Lamborghini, una biografía* (2008), o la historia

¹ Flavia Garione nació en la ciudad de Buenos Aires en 1990, es poeta y Doctora en Letras. Dicta las materias del Taller de Oralidad y Escritura en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Organiza desde 2011 el *Festival de Poesía, de Aquí*. Escribió distintos artículos sobre poesía argentina contemporánea, música y sonido. Publicó los libros *Museo Local* (Sacate el saquito, 2012); *Mi mente es como un dj malo* (Neutrinos, 2013); *Se oyen gritos de chicas por las noches* (Caleta Olivia, 2019); *Lumpenproletariado* (Triana, 2019); *Un galgo llamado deseo* (Es pulpa, 2023), *Lo que le gusta a los mercados no le gusta a mi corazón* (Geminis heart, 2024).

demencial que cuenta Liliana Viola en *Esta no soy yo* (2023) sobre la vida de Aurora Venturini. Y así, podríamos seguir.

Nicolás Vidal, abogado y escritor chileno nacido en la década del 70, elige escribir sobre Carlos Vicuña (1886-1977), también abogado y escritor, de Rengo, comuna de Cachapoal, Chile, y algo, a la distancia de décadas de historia sangrienta, los hermanos, entre el ejercicio del derecho y el literario: la prosa leguleya y la búsqueda de la imagen poética, la diatriba legal y la publicación de literatura como fuerzas vitales de transformación. No obstante, la existencia de Vicuña se ofrece como una novela de aventuras, entre las dictaduras latinoamericanas de espanto y los presidentes democráticos de cotillón aristocrático que ha tenido Chile durante gran parte del siglo XX.

Vicuña provenía de la elite letrada, pero quedó huérfano muy tempranamente y tuvo una vida difícil. Fue abogado de obreros y anarquistas y profesor universitario. Seguidor de las ideas de Comte y de la filosofía positivista, durante el gobierno de Alessandri, en los años veinte, es destituido de sus cátedras por sus opiniones sobre Tacna y Arica (respecto de la posibilidad de ceder parte del territorio chileno a Perú y dar salida al mar a Bolivia). Idea de corte progresista y hasta bolivariana, mirada a cierta distancia. Abuelo de la artista Cecilia Vicuña, fue un opositor ferviente de distintos gobiernos autoritarios y golpistas en Chile, como la larga dictadura de Ibáñez, su mayor enemigo, al estilo local sarmientino o al de José Ingenieros, sometido a la forzada tarea de comparación. Fue desterrado a la Antártida chilena, capturado como preso político, escapó en reiteradas ocasiones de la muerte, se enfrentó a duelos e incluso caminó sesenta kilómetros por la llanura patagónica para escapar de sus captores camino a la Argentina.

En su exilio en la década del treinta vivió en Mar del Plata, entre las calles Salta y Córdoba, dio clases de latín e italiano en el ex Colegio Nacional Mariano Moreno, por todos conocido. Participó de una conspiración contra Ibáñez y viajó en avión con otros militares chilenos para hacer una revolución que fracasó casi inmediatamente. Lo volvieron a desterrar por segunda vez, esta vez a la Isla de Pascua, donde trabó amistad con los isleños e investigó la lengua rapa nui. Escapó a París con el guardia que supuestamente debía custodiarlo a él y a otros presos políticos. Fue amigo de Gabriela Mistral, de Huidobro y de Violeta Parra. Defendió, como abogado, a Pablo Neruda cuando era senador y, en el 55 —tras el golpe de Aramburu—, a los jóvenes Héctor Cámpora, Kelly, John William Cooke y a José Antonio, empresario de Mercedes Benz, que también escapaba de la dictadura argentina.

Al mismo tiempo, ya mayor, vio con desconfianza los cambios que se estaban produciendo en los sesenta. Tenía ideas conservadoras sobre el matrimonio, se enojaba por cómo vestía Violeta Parra en sus recitales o por las ideas revolucionarias

y de liberación nacional que abrazaban sus nietos. Veía al gobierno de Salvador Allende como una “guerrilla interminable” y escribía en su contra en los diarios.

Hacia el final de su vida, momento en el que su biógrafo Nicolás Vidal nacía, se opuso a la reforma agraria chilena, en apoyo directo a la derecha. Terminó por decir que la democracia “era un mito y una aberración”. No obstante, paradójicamente, durante la dictadura de Pinochet secuestran a sus sobrinos, nietos y amigos, y él redacta algunos amparos ante la justicia. Entonces, al finalizar la lectura, se me aparecieron dos preguntas con las que quiero tirar de la cuerda de esta clase de personaje. La primera es si haber nacido a fines del siglo XIX y haber atravesado casi todo el siglo XX constituye, de algún modo, una condición que empuja inevitablemente a la contradicción, dado que Vicuña fue un revolucionario que no murió haciendo la revolución. La otra, más difícil de contestar, es: ¿de qué materiales está hecho un revolucionario? Al leer el libro de Vidal, inmediatamente contrasté dos figuras: la de Ernesto Che Guevara, médico y escritor argentino que murió fusilado en Bolivia haciendo la revolución y la de un revolucionario como Vicuña que no murió y que, por eso, pudo de alguna manera deshonorarse al final de su vida. Creo que *El justiciero. Carlos Vicuña Fuentes en la pequeña historia de Chile* es interesante por varios motivos que paso a enumerar a modo de notas tomadas durante la presentación del libro, realizada en abril en la librería El Gran Pez de la ciudad de Mar del Plata:

1. Genera la pregunta por el sentido de justicia social que implicaba jugarse la vida para cambiar las bases sociales que fundamentan un sistema de injusticia y exclusión, algo que hoy parece en retirada. El libro está trabajado a partir de una serie de imágenes muy fuertes, casi cinematográficas: Teresa, su esposa, con la escopeta recibiendo a la policía de Ibáñez; un duelo en lo alto de la cordillera nevada; él escapando con la suela rota en la nieve y después abordando un avión rojo hacia Chile desde Argentina, junto a un puñado de personas, para terminar con el gobierno de Ibáñez; el episodio de los militares sacando los sables contra los parlamentarios; Errázuriz dándoles dinero a los oficiales para que se subleven.
2. Asimismo, lo verdaderamente fascinante es que Vicuña no pueda entender la década del sesenta. Me pregunto si nosotros tampoco podemos comprender este presente tecnócrata y fascista y vivimos, en cambio, en la nostalgia de otro momento que tampoco existió del todo.
3. Otra pregunta: ¿qué pasa hoy con ese apellido —Vicuña— en la historia de Chile?, que parece un enredo de nombres que se entrecruzan —Vicuña, Parra, Mackenna, Errázuriz— entre la cultura, ¿el arte y la tragedia política? También es la historia de una familia y sus vicisitudes: el exilio, la separación y la práctica

artística de Teresa y Rosa, madre e hija —el taller de escultura en la cocina—, en una época muy injusta con las mujeres y, específicamente, con las mujeres vinculadas a este tipo de intelectuales o figuras públicas.

4. Marmaduke Grove es otro personaje del libro, con un nombre increíble y una biografía que da para otra novela.
5. El libro relata muy bien —al estilo de David Viñas en Argentina con *Hombres de a caballo* (1967)— esa historia nacional en la que se entrelazan trágicamente la aristocracia militar, la oligarquía terrateniente e industrial de Chile y la intelectualidad, o la elite cultural. Ese cruce desencadena muchos de los episodios sangrientos que culminan en la dictadura de Pinochet. Se podría decir que el libro es el recuento de esas idas y venidas.

El libro trabaja con archivos —cartas, entrevistas, diarios, fotos— como la cocina misma de la novela. Vicuña, en algún sentido, es un romántico, al menos durante gran parte de su vida. El libro suscita una última pregunta: ¿volverá a resucitar alguna vez ese motor poderoso del revolucionario, de la literatura que se mezcla con el alegato? En ese interrogante se condensan buena parte de los problemas que atraviesan el libro: las relaciones entre literatura, historia y acción política, así como los límites y posibilidades de la imaginación para intervenir sobre el mundo. Sigán leyendo a Vidal, escritor chileno, para intentar encontrar la respuesta.